

profunda sin la cual no hay verdadero ingenio, y que quizás constituye de por sí al genio. ¿Qué es, en efecto, un poeta? Un hombre que siente con intensidad, y que expresa sus sensaciones en un lenguaje expresivo. La poesía casi no es más que un sentimiento.

Hay en la nueva generación, nacida con el presente siglo, principios de grandes poetas.

Esperad algunos años aún.

Los hijos de los dientes del dragón no necesitaban haber salido enteramente de la tierra para que se reconociese que eran guerreros; y bastaba sólo ver las manoplas de Erix, para juzgar de las fuerzas del atleta.

A UN TRADUCTOR DE HOMERO

Los grandes poetas son como las montañas; tienen muchos ecos. Sus cantos se repiten en todas las lenguas, porque sus nombres se hallan en todos los labios. Homero debió, más que cualquier otro, á su inmensa fama, el privilegio ó la desgracia de innumerables intérpretes. En todos los pueblos, impotentes copistas é insípidos traductores han desfigurado sus poemas, y desde Accio Labeo, que exclamaba:

«Crudum manduces Priamum Priamique puellos;»
Cómete crudos á Priamo y á sus hijos;

hasta aquel buen contemporáneo de Marot que hacía decir al cantor de Aquiles:

«Lors, face à face, on vit ces deux grands ducs
Piteusement sur la terre étendus;» (1)

desde el siglo del gramático Zoilo hasta nuestros días, es imposible calcular el número de los pigmeos que intentaron en vano levantar la maza de Hércules.

Creedme, no os mezcléis con esos enanos. Vuestra traducción está aún en cartera; ¡qué dichoso sois de poder quemarla todavía!

¡Una traducción de Homero en versos franceses!
¡Es monstruoso é insostenible! Os afirmo, en conciencia, que me indigna vuestra traducción.

(1) Entonces, cara á cara, se vió á los dos grandes duques miserablemente echados en el suelo.

No la leeré por cierto. Me contento con el miedo. Declaro que una traducción en verso de cualquiera por cualquiera, me parece un absurdo, imposible y quimérica. Y algo sé yo de eso, habiendo rimado en francés (aunque lo he ocultado cuidadosamente hasta hoy) cuatro ó cinco mil versos de Horacio, de Lucano y de Virgilio; yo, que sé todo cuanto se pierde de un hexámetro transportado á un alejandrino.

Pero Homero, ¡señor! ¡traducir á Homero!

¿Sabéis que únicamente la sencillez de Homero fué siempre el escollo de los traductores? Madama Dacier la convirtió en vulgaridad; Lamotte-Houdard, en sequedad; Bitaubé, en algo soso insoportable. Francisco Porto dice que sería preciso ser un segundo Homero para poder alabar dignamente al primero. ¿Qué fuera preciso ser, por consiguiente, para traducirlo?

VIENDO Á LOS NIÑOS SALIR DE LA ESCUELA

Junio de 1820.

Río cuando cada tarde de la escuela vecina sale y se escapa la tropa infantil, cuando oigo en el umbral al severo mentor cuyas últimas palabras les persiguen aún:—¡Apresuraos, es tarde, vuestras madres os aguardan!—¡Inútiles clamores que sólo el viento escucha! Entra. Entonces los grupos, con gritos agudos, se disuelven, olvidando las órdenes del argos. Unos corren sin temor, mientras que el hombre duerme, á simular asaltos en la paja; otros en sus nidos sorprenden á los pájaros, cuyo canto les deleitaba por la tarde, ó se escurren sin ruido, para ver con misterio si quedaron nueces en el huerto del párroco.

Sin duda condenáis esos juegos de los cuales me río; pero Montaigne, recordando que nació en París, alababa su aire impuro, el lodo de sus calles; Montaigne *amaba á París hasta en sus verrugas*. He pasado por la infancia, y esa edad querida agrada, hasta en sus errores, á mi corazón enternecido. No sé, pero para mí su cándida ignorancia oculta aún sus defectos con un velo de inocencia. La hiedra de las rocas disfraza los contornos, y todo aparece encantador en los primeros albores de la mañana. Edad serena en que el alma, ajena á la envidia, se prepara riendo á los dolores de la vida, toma sus inclinaciones por guía, y, sencilla en sus alegrías, hace el bien sin orgullo y el mal sin remordimientos.

Á UNOS CHICOS QUE ESTÁN EN CLASE

Junio de 1820.

Vosotros que, con los ojos fijados en los gruesos caracteres, los imitáis en vano en la arena ligera, y veis cada vez, á pesar de vuestros nuevos cuidados, cómo el cilindro fatal borra vuestros trabajos, ese triste pasatiempo, hijos míos, es la vida. Un día, hacia la dicha, dirigiendo envidiosa mirada, haréis, como yo, mil proyectos encantadores, muchos planes generosos, acerca de aquel feliz modelo. ¡Y luego vendrá la suerte, y con inquieta mano destruirá en un día vuestro imperfecto bosquejo!

Seres puros y alegres, mejores de lo que somos, niños, ¿por qué será preciso que os convirtáis en hombres? ¿Por qué es necesario que algún día seáis como nosotros, esclavos ó tiranos, envidiados ó celosos?

No es original hoy pecar contra la gramática; muchos escritores nos tienen cansados ya de esa originalidad. Debe evitarse también sacar provecho de los más pequeños pormenores, género que demuestra amaneramiento y afectación. Hay que dejar esos pueriles medios de divertir á las gentes que colocan intenciones en una coma y profundas reflexiones en los puntos suspensivos, que emplean el gracejo en todo y nunca la erudición, como los que últimamente aún, con motivo de esos picadores que alarmaron á Pa-

rís, trajeron á colación á los hombres de todos los siglos y de todos los países, desde Calígula, que pinchaba las moscas, hasta Don Quijote, que pinchaba á los frailes.

Campistron, lo mismo que Lagrange-Chancel, había demostrado desde joven buenas disposiciones para la poesía, y, sin embargo, nunca llegaron los dos á traspasar los límites de la mediocridad. Es raro, efectivamente, que talentos tan precoces logren jamás conseguir madurez de ingenio. De esta verdad podemos cada día convencernos más. Vemos á algunos jóvenes hacer á los diez y nueve años lo que Racine no hubiera hecho á los veinticinco; pero á los veinticinco llegan al apogeo de su talento, y á los veintiocho años han destruído ya la mitad de su gloria. Se nos dirá que Voltaire había escrito también versos desde su infancia; pero debe observarse que, desde los quince años, Campistron y Lagrange-Chancel eran ya conocidos en los salones y considerados como *pequeños grandes hombres*; mientras que en la misma edad, Voltaire había huído ya de la casa paterna; y, en general, aunque sean doradas, no es posible criar á las águilas en jaulas.

Quando un escritor tiene como principal cualidad la originalidad, pierde á menudo algo si se le cita. Sus pinturas y reflexiones, dictadas por un espíritu organizado de un modo particular, quieren ser vistas en el punto donde el autor las puso, precedidas de lo que las trae, seguidas de lo que arrastran consigo. Unidas á la obra, el color bien distribuído

de las partes contribuye á la armonía del conjunto, desprendidas del todo, ese mismo color parece dispartado y forma una disonancia con todo aquello de que se le rodea. El estilo del crítico, que debe ser sencillo y corriente, y que muchas veces es vulgar y ordinario, ofrece un contraste que choca con el estilo amplio, atrevido y quizás brusco del autor original. Una cita de tal gran poeta ó de tal grande escritor, encerrada en prosa brillante, lamida y burguesa de determinado crítico, es de un efecto semejante al que produciría una figura de Miguel Angel en medio de las cacerolas de M. Drolling.

Es difícil no tener prevenciones contra esa manía, hoy tan común en nuestros autores, que consiste en reunir imaginaciones siempre distintas y á menudo contrarias para intervenir en la misma obra. Cowley, inducido por el marqués de Twickenham á tomar como colaborador de sus trabajos literarios á no sé cuál oscuro poeta, contestó á su señoría que un asno y un caballo arrastrarían mal un carro. Dos autores pierden casi siempre, uniéndolo en mancomunidad, todo el talento que podrían tener separadamente. Es imposible que dos cabezas humanas conciban el mismo asunto absolutamente de la misma manera; y la absoluta unidad de la concepción es la primera cualidad de una obra. De otro modo, las ideas de los diversos colaboradores chocan entre sí sin unirse, y resulta del conjunto una discordancia inevitable que choca sin que pueda uno comprender por qué. Los autores excelentes, antiguos y modernos, trabajaron siempre solos, y por eso son excelentes.

FOLLETÍN

Diciembre de 1820.

TEATRO FRANCÉS

JUAN DE BORGOÑA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

Uno de los inconvenientes de los asuntos históricos es, sin duda, el poner trabas á nuestros sabios espectadores. Llegan ante el telón sin saber una palabra de los acontecimientos que van á desarrollarse á su vista, y de los cuales sólo recibe la iniciación superficial de una exposición siempre mal escuchada y mal entendida. En el periódico del día siguiente van los espectadores á saber de qué raza procedía el héroe, á qué familia pertenecía la heroína, en qué país reinaba el tirano, desconcertados si el crítico no disipa su ignorancia, y no les dice como al sirviente Héctor, de qué país era *el galante Séneca*.

Nos dispensaremos de obedecer al uso, primero porque mucho antes de que nos mezclásemos en regentar los teatros, las notas históricas de los folletines nos habían parecido siempre muy fastidiosas; luego, porque decentemente no podemos vanagloriarnos de *historiar* mejor que tantos otros críticos más hábiles que nosotros que nos adelantaron, y con esto, fundándonos en el parecer de Barnes, según el cual basta, para ganar una causa, hallar *dos razones*,